

dose, como pudieran haberlo hecho, á exigir reparacion de agravios y el pago de reconocidos créditos, para lograr uno y otro, pudieron en un pais tan sin recursos, tan falto de buena fé y de moralidad, haberle borrado del catálogo de los Estados independientes, ya apropiándose su territorio, ó ya imponiéndole la forma de gobierno que mas pudiera convenirles á la completa seguridad del porvenir. Pero lejos de esto, se coaligaron para tender á esa desgraciadísima República una mano amiga, para levantarla de la postracion en que por tantos años yacia y ayudarla hidalgamente en su regeneracion política y social. "Podemos, con razon, destruirte, la dijeron. Tú no vales hoy lo que nos debes. La magnitud de los agravios que tanto tiempo hace nos vienes prodigando, nos autoriza para todo. Pero otro es nuestro deseo. Venimos á ayudarte para que te constituyas bajo bases sólidas y estables, y para que con nuestro apoyo moral y material elijas el gobierno que mas te merezca la confianza." ¡Propósito grande y magnífico, pero que una fatalidad inconcebible frustró enteramente. Preciso será decir con el Conde de Reus, cuando al tocar desvanecidas sus esperanzas de paz y dicha para el suelo Mejicano, profirió las palabras siguientes:—"Dios no lo ha querido por que tal vez no ha llegado aun la hora de salvacion para este pais desgraciado."

Vamos pues á tratar de buscar las causas que tal vez hayan imposibilitado la realizacion de los proyectos ya referidos de las aliadas naciones. Para ello es forzoso seguir los sucesos uno á uno, examinarlos y buscar en ellos la verdad por mas que nos parezca difícil el encontrarla.

Pasaremos por alto la llegada de las tropas españolas y su escuadra á Veracruz, y la grave ofensa que los mejicanos infringieron con la quema del casco de la goleta mercante "Concepcion," porque no siendo aun conocidos en el pais los verdaderos proyectos de las naciones aliadas, nada tenia de extraño que creyesen se trataba de arrebatarles su nacionalidad, y por lo tanto todos sus actos de hostilidad é venganza entónces, disculpables eran y debian serlo. Poseionadas las fuerzas españolas de Veracruz, sin que para ello se hubiese puesto la menor resistencia por parte de los mejicanos, recibió el general Gasset que mandaba aquellas, órden de suspender todo movimiento hasta la llegada del

Conde de Reus, y sucesivamente de las tropas francesas é inglesas y sus escuadras. Verificóse esta el 7 de Enero y dias sucesivos; y reunidos ya los jefes que á las tres naciones representaban, tuvieron varias conferencias, despues de las cuales se publicó una proclama por todos suscrita, y en la cual se consignaba el verdadero objeto de la expedicion, que como dejamos ya expuesto, no podia ser mas noble y generoso. El cómo respondieron los mejicanos adeptos al gobierno existente, y aun el gobierno mismo, lo veremos despues por mas que nos cause indignacion el consignarlo.

Pocos dias despues de publicado el manifiesto de que acabamos de hablar, se resolvió que una comision, representando á las tres potencias aliadas, pasara á Méjico portadora de pliegos para el Presidente, en los cuales solicitaban los representantes aliados la internacion de las tropas con el objeto de preservarlas del mortífero clima de Veracruz, hasta lo que, entabladas las negociaciones, se estipulara despues. Con efecto, la comision triple emprendió su marcha difícil, larga y penosa hácia la capital de la República. Desde ese dia debemos empezar á buscar las causas que luego pudieron contribuir á tan funesto como inesperado desenlace. Es forzoso no olvidar ni un momento aquello de "no venimos á imponeros gobierno alguno sino á daros nuestro moral y material apoyo para que os deis libremente el que os plazca y vuestras simpatías merezca." Tres jefes caracterizados por sus años, por sus servicios y por su graduacion representaban á sus respectivas naciones. Circunspectos y graves los de Francia é Inglaterra, mudos observadores en toda la travesía, difícil, si no imposible, era adivinar el efecto que les producía el pais, los campamentos mejicanos, ni nada de cuanto á su vista se presentaba. No así el representante español [1] que con una pasmosa verbosidad, fácil y ardiente en el decir, exhortaba en los campamentos á la union entre los mejicanos para salvar su independencia, y aun nos parece oírle repetir con fuego y ardoroso entusiasmo: "La nacion que como la vuestra se une y estrecha cuando cree ver atacada su independencia, esa nacion no acaba, no puede acabar nunca. Los miserables que vagan por esos montes acaudillando á los ilusos que no

(1) Brigadier Milans.

quieren el progreso y que dificultan la marcha del gobierno liberal que teneis, son unos perdidos. Los Marquez y los Cobos no son mas que unos ladrones y ¡hay de ellos si llegasen á caer en mis manos!! La culpa de vuestras eternas discordias civiles la tienen los españoles que aquí teneis. Sobre ellos debe caer la responsabilidad de todos. No, no tendreis que luchar con nosotros, por que venimos á dar fuerza á vuestro gobierno, que es el que representa la marcha verdadera del siglo. Nosotros no queremos retrógrados ni frailes. España es una nacion esencialmente demócrata, etc., etc." Preciso es consignar aquí, para que á lo últimamente relacionado se le dé toda la importancia que tenia, que los comisionados francés é ingles entendian perfectamente el español; así es que se miraban el uno al otro con asombro al oír á aquel. ¿Hablaban este por boca de su Jefe Superior? Y si no hablaba con autorizacion ¿tampoco le conocia aquel que le eligió para comision tan grave, ignorando á lo que se exponia? Lo cierto es que el representante francés, asombrado, lleno de dudas y con visible disgusto llegó á Méjico y regresó á Veracruz. En aquella capital no tardaron los españoles residentes allí en oír las duras frases del representante de España contra ellos, apellidándolos con los dictados mas vergonzosos y achacándoles los males de la República. Para poder calcular el efecto que tal conducta produciria fuerza es que nos ocupemos, siquiera sea con brevedad, de los españoles que hay en Méjico, de su situacion y condiciones.

Existen hoy en la República ocho mil españoles que representan un capital de mas de ochenta millones de pesos. Estos, como los de los tiempos vireinales, se distinguen por su laboriosidad y perseverancia, por el orden y la economía, por la formalidad y la honradez. Ningun trabajo desdeñan, ninguna especulacion es superior á su laboriosidad é inteligencia, ningun peligro ataja la corriente de su actividad. Apartados del comercio de géneros al menudeo ó al pormenor que los extranjeros, y sobre todo, los alemanes, van monopolizando, han debido lanzarse y se han lanzado mas de lleno en las especulaciones agrícolas, minerales y fabriles, en aquellas por fin, que mas directamente promueven la prosperidad material y bien entendida del pais, pues que fuerza es decirlo, el comercio de importacion en Méjico, se

funda en una base de mala especie, cual es la del contrabando que desmoraliza.

No hay empresa de alguna importancia, ya industrial, ya agrícola, ya minera, que no haya sido creada y sostenida por españoles, ó tambien en que españoles no tengan participacion. La labranza en las tierras frias, como en las calientes, le es deudora de mejoramientos y conservacion. Del movimiento fabril que se encuentra en el pais son partícipes y fueron los promovedores. La mineria ha absorbido y absorbe sus capitales. Finalmente, en cuanto negocio hay que dé alimento y vestido á las clases proletarias, allí emplea el español su dinero, allí fija su esfuerzo y actividad. La mayor prueba de lo que alcanza la laboriosidad, la aptitud, el orden y la economía de los españoles, es que no han podido arruinarlos por completo, como se viene pretendiendo, con las turbucencias, las expoliaciones, los atropellamientos y las matanzas.

Por lo demas ninguna colonizacion produce al pais iguales ni tan marcadas ventajas como la española. El extranjero rara vez se casa y radica en la República. El español por el contrario: se casa generalmente en el pais, su familia es por lo comun modelo de moralidad, de orden y de cariño; cuando muere deja al pais que tan mal le trata hijos mejicanos, capital mas ó menos pingüe, y los medios de crear y sostener en lo futuro varias y respetables familias.

Se ha vociferado por el referido comisionado español que las bandas de ladrones y de revolucionarios eran en su mayor parte de españoles, y nosotros con datos fijos, oficiales, podemos asegurar, y aun podríamos hacerlo nominalmente si á ello se nos obligase, que en los bandos revolucionarios solo existen 43 españoles, y en el llamado reaccionario 30. No hemos podido averiguar que entre las infinitas partidas de ladrones que vagan por tan vasto pais, haya español alguno. Ahora bien, 79 españoles figuraban en Febrero último entre las infinitas facciones políticas de Méjico, y por consecuencia existian en la República 7922 viviendo pacífica y honradamente. Júzguese por esto del efecto que las palabras del que llevaba la mision de ser intérprete de los buenos deseos de la España, harian en aquellos. Anhelantes por la intervencion, llenos de esperanzas y de fé en el porvenir, no podian comprender lo que oian, tan contrario

á lo ofrecido y publicado en Veracruz en nombre de tres grandes potencias. La buena sociedad en la capital de la República se halla sostenida por dignísimos españoles, de los cuales algunos gemian en las cárceles, ya porque se habian negado á aprontar las fuertes sumas que el gobierno les exigiera, ó ya por haberseles hallado en su casa algun arma conservada para su seguridad individual. Era de los primeros el rico capitalista Sr. Mendoza Cortina, el cual fué puesto en libertad por las súplicas al gobierno de uno de los españoles agregados á la comision. (1) Verse aquellos envueltos en graves cargos y acusaciones por los mismos de quienes esperaban el remedio á sus largos padecimientos, el efecto que esto debía producirles y les produjo, no es fácil explicarlo. La duda, la desconfianza y el temor tuvo entrada en todos, y de amigos sinceros se convirtieron en tibios espectadores de los sucesos. Ellos que confesaban sin rebozo la inconveniencia de una monarquía, y la gran necesidad de un gobierno fuerte, moderado y de duracion apoyado mas ó menos tiempo por una fuerza interventora, no podian menos de perder toda su esperanza al oír que todo lo existente era lo que obtendria proteccion y apoyo.

Mientras tal mudanza se obraba en aquellos, la prensa mejicana apoyada por el gobierno se deshacia en insultos groceros contra la Nacion Española; y circulaban profusamente caricaturas de un género tan soez é insultante y grosero, que no nos es dado descifrar ni mencionar aquí sin ofender con un simple relato á la mas alta y sagrada institucion de España. La orgía mas impúdica no podria oír versos mas insolentes que los que allí se publicaron, ni puede concebir la imaginacion del hombre tal desbordamiento en prensa alguna de cualquier pais en el cual haya una reunion de hombres que se apelliden Gobierno. Y sin embargo, el de Méjico lo autorizaba hasta tal punto, que las caricaturas á que aludimos llevaban como nombres de sus autores, los de Silverio, M. Velez y José María Barragan, Diputados al Congreso por San Luis Potosí.

El mismo jefe español agregado á la comision que suplicó la libertad del Sr. Mendoza Cortina, no pudo menos de decir al entónces Ministro de Hacienda Sr. Echavarría,

[1] El Teniente coronel Argüelles.

que tal escándalo no podria tolerarse ni aun en Africa, sin excitar la indignacion de todo hombre bien nacido. Ofreció entonces aquel Sr. que se corregirian tan criminales abusos; pero esto continuaron en el mismo estado. O el gobierno mismo los consentia y apadrinaba, ó carecia de fuerza para reprimirlos. Si lo primero, véase el poder al cual, segun el comisionado español, se iba á dar fuerza y apoyo. Y si lo segundo, júzguese por su impotencia de lo que de tal gobierno esperarse debiera, y de la fuerza moral que en el pais tendria.

Demostrada pues, la situacion en que España quedaba colocada entonces, pasemos á demostrar la en que la Francia parecia querer colocarse. Tiempo hácia que Mr. de Saliguy, su antiguo representante en Méjico, y segun la pública creencia persona de no poca valia para con el Emperador, trabajaba con travesura y constancia en llevar al ánimo de este la conviccion de que la monarquía independiente era el dorado sueño de los mejicanos, y la única que podia llevar la paz y la ventura á aquel pais. En esta empresa le ayudaban los Sres. Almonte, Estrada é Hidalgo, residentes en Paris, y á dar fuerzas y á robustecer tal opinion se ponian en juego cuantos medios se hallaban al alcance de los tres expresados señores. De estos trabajos y manejos demasiado públicos y conocidos á la sazón, tomaba pretexto el gobierno para alarmar al pais y desconfiar de la intervencion. Con efecto, la idea de una monarquía es rechazada por todos, especialmente en favor de un príncipe extranjero; tal vez á fuerza de tiempo, de tino y de constancia podria llegar á ser realizable en favor de un príncipe español, y esto se comprende fácilmente atendida la semejanza de idioma, de costumbres y de relaciones; pero por hoy seria un sueño irrealizable.

Lo que si era, y es una verdad clara y patente, que la intervencion amiga y armada halagaba á todos y aun al mismo gobierno de Juarez siempre que para él fuese su apoyo. Esto último hubiera sido á todas luces inconveniente y espuesto. Sin ningunas simpatías en el pais, su apoyo le buscaba en las gentes sin arraigo que eternamente figuraban en las revueltas políticas, y su conservacion la debia y debe á los intereses que creó llevando á cabo la desamortizacion mas descabellada que concebirse puede. Las inmen-

sas riquezas que poseian los conventos é iglesias, lejos de haber servido para mejorar la situacion financiera del pais, pasó á manos de hombres perdidos y de trastornadores de oficio, los cuales, por el temor de perder lo que de balde adquirido habian, al declararse acérrimos defensores del que tan generoso anduvo con ellos, se convirtieron en sangrientos paladines del gobierno Juarez. Esta gente sin freno, sin principios ni sana razon, reconocia como sus jefes mas queridos en toda la línea de Veracruz á Méjico, á tres hombres capaces por sí solos de desorganizar la sociedad mejor arraigada y constituida. Mendoza, que mandaba en Puebla, llevando muy á mal sus muchos años, y que dejaba muy atras al célebre Voltaire, del cual puede decirse que era su mas aventajado discípulo. Mejía, que se hallaba mandando en Orizaba, hombre frívolo, demócrata, sin carrera ni principios, arriero de oficio, y que debia su posicion á la amistad que desde la niñez le uniera á Juarez. Y por último, el célebre general Zaragoza, comerciante poco hacia, brusco y atrevido hasta la barbarie, pero tan incapaz como bravo y temerario; esta circunstancia le habia colocado en la vanguardia de la línea.

Tal era el estado del pais cuando llegó á Méjico la comision triple. Tres dias permanecieron allí, durante los cuales cumplió su cometido, entregando los pliegos de que era portadora, y visitando al Presidente y á los Ministros en cuyo absoluto silencio y mudas recepciones fácilmente podia adivinarse una desconfianza arraigada, ó una capacidad muy reducida. Llegado el tercer dia, fué puesta en manos de los representantes la respuesta del pliego entregado, regresando estos á Veracruz inmediatamente. Hubo una circunstancia que por mas que parezca agena de este lugar, merece consignarse para que se pueda hallar otra prueba mas del descrédito que merecia en el pais el gobierno existente. Habia este dado orden en todos los puntos de parada para que no se cobrase nada á los viajeros aliados. Al pedir estos la cuenta, incluso en el hotel "Iturbide" en Méjico, se les contestaba que tenian orden de no cobrar, pero que ellos lo perderian por que nada habia de pagárseles por el gobierno. Así fué que á todos se les obligó por dichos señores á recibir con demasia el gasto que hicieran.

Durante la travesia del regreso eran interrogados los comisionados tanto en los campamentos cuanto en las poblaciones, si por resultado de su viaje habria paz, y podrian los acampados regresar á sus hogares de los cuales se les sacara á la fuerza para tenerlos, como los tenian, desnudos y mal mantenidos, sin paga alguna. Y que forzados los mas á empuñar las armas, si no lo hicieran se les fusilaba y perseguia sin piedad. Con efecto, el disgusto se notaba en todas partes, y los campamentos presentaban el cuadro mas repugnante y miserable que darse puede.

Ya de regreso en Veracruz los triples comisionados, no tardó en sospecharse el resultado de su viaje al ver la inaccion en que las fuerzas aliadas continuaban, las repetidas reuniones de los representantes de las naciones, el disgusto que en ellos se dejaba ver, y la frecuencia con que se cruzaban pliegos. Ademas una circunstancia muy notable vino á disipar las dudas que aun pudiera haber sobre el resultado de la comision. El general Zaragoza envió por uno de sus ayudantes un oficio á los jefes de las fuerzas aliadas, amenazándoles con que romperia las hostilidades si llegaban á rebasar ni un solo paso la línea que se les habia permitido ocupar. Tal y tan insolente baladronada no debia ni podia estrañarse. La fuerza moral y material de tres potencias unidas, habia prestado sumision al gobierno Juarez, dirigiéndole peticiones; en una palabra, los que podian dictar leyes é imponer condiciones por su poder incontrastable: el poderoso se habia humillado al débil, dándole con esto motivo para que se juzgara fuerte, y para que, ingrato y escaso de todo sentimiento noble, se creyera en su ignorancia ó ambicion armipotente. Ni tal conducta por parte de Juarez y su gobierno; ni cuanto relatado dejamos; ni la vista y la lectura de caricaturas y escritos insultantes y escandalosos; ni el asesinato de algunos oficiales y soldados de los aliados, nada movió á los jefes de estos á variar de conducta. ¿Seria acaso por no dar lugar á que se les creyera inconsecuentes con su plan anunciado? ¿O seria por no creerse con fuerzas suficientes para llegar á la capital de la República? Dos puntos son estos tan importantes, que nos obligan á detenernos para considerarlos.

La conducta del enviado español á Méjico, aprobada por su Jefe Superior á pesar de la grande alarma que oca-

sionó en todos los españoles residentes en la República y de las infinitas y sentidas quejas que aquel recibió; los esfuerzos que se hacían para que los partidos políticos opuestos al mando y á las ideas de Juárez, no se lanzaran al campo, como sucedió con Miramon y los suyos que en vano trataron de hacerlo repetidas veces; la prision de Miramon á bordo de un buque inglés, para luego soltarle en la Habana; el sufrimiento y la calma del Conde de Reus; el "Eco de Europa" dirigido por él mismo; la manera agresiva con que el enviado español á Méjico (1) seguía tratando públicamente á todo cuanto no se le hallaba en completa armonía con Juárez y sus gentes, y finalmente, la resignación con que se seguía sufriendo los males que causaba el clima mortífero de Veracruz y sus inmediaciones, no debían dejar duda de que "lo del gobierno que mas merezca vuestras simpatías," solo existía en la manifestación que precedió al desembarque. ¿Obraba el general español por el instinto de sus ideas políticas, por efecto de planes no revelados, por instrucciones reservadas, por consecuencia á la aptitud en que como Senador se había colocado anteriormente, ó por que se propusiera no hacer nada que alterase la situación política del país hasta que llegasen los aliados á Méjico? No nos es posible consignarlo: pero es lo cierto, que los franceses se hallaban llenos de dudas y recelos, haciendo ver su enemistad hasta el punto de que Mr. Thomaset, Jefe de Estado Mayor, representante de la Francia en la comisión á Méjico, no tuvo inconveniente en desairar á su compañero de viaje el Jefe Español, con ocasion de un almuerzo á que este le brindara en obsequio de la terminación de aquella misión. Como también lo es que aquel no se reservaba en decir públicamente que se hallaba escandalizado de tanta inconsecuencia en la manera de obrar por parte de la España.

Mientras esto sucedía y el gobierno de Juárez sacaba partido de aquella máxima de que "el que tiene tiempo, tiene", Mr. de Saligny y sus agentes no se descuidaban redoblando sus esfuerzos en favor de la Dinastía Austriaca. Es indudable que el almirante francés E. Jurien había caminado de buena fé, al menos hasta el regreso de Méjico de los co-

(1) Brigadier Milans.

misionados, y aun despues, toda vez que se negó á ir al campamento de la Soledad confiado en cuanto hiciera el general embajador de España; y la aquí escencia que mostró despues de aquel tratado autorizándole, fué la mayor y mas clara prueba de su confianza y sana intencion. Sin embargo era evidente que se hallaba mal con la inacción de las fuerzas aliadas, y que la predilección dada al Gobierno de Juárez y á este le mortificaba no poco. ¿Podría influir esto en la decisión del Emperador para la resolución Almonte? Debe creerse que sí, máxime si se atiende á la desaprobación completa que despues dió al referido tratado de la Soledad. Verificóse este despues de no pocos dias del regreso de los triples comisionados, viéndose por él que solo con condiciones tan benéficas para el gobierno de Juárez, como irritantes para los aliados, se permitía á estos pasar á ocupar las ciudades de Córdoba, Orizaba y Tehuacan, conservando los primeros sus posiciones, y debiendo los segundos retroceder á Veracruz, Tejería, etc., en el caso de que no se ajustase la paz en las conferencias que debían celebrarse desde el 15 de Abril. No puede darse mayor ni mas insolente descaro por parte de un tan miserable gobierno, ni mas perjudicial ni inconcebible hidalguía en los jefes que así firmaron semejante tratado.

Pero antes de pasar adelante, forzoso nos es hacernos cargo del segundo punto que atras dejamos iniciado. ¿No se creerian los aliados con fuerzas suficientes para llegar á la capital de la República? Consideremos esto bajo el punto de vista material primero, y moral despues.

Largo, difícil y punto menos que intransitable es el camino que conduce desde Veracruz á Méjico. Muchos son los puntos que en su travesía ofrecen embarazos para dificultar la marcha de las tropas, pero que, militarmente considerados, sobre todo en el tiempo seco en que las fuerzas triples tuvieron su llegada á aquel país, cinco posiciones militares puede decirse que forman la llave de aquella larga travesía. Cerro Gordo y Chiquihuite que es una misma cordillera: el Puente de la Soledad: las Cumbres de Aculzingo: Barrancas de Villegas, y finalmente los Pinares de Río Frio. Ninguna de dichas posiciones se hallaba guarnecida, artillada ni en el menor estado de defensa, fuera de la natural que ellas por sí mismas ofrecían, cuando desembar-